

La poesía y la isla de los bienaventurados 663 842

Comentar a un crítico literario parece el colmo del atrevimiento. Y más si éste tiene una larga permanencia en las columnas de diarios y revistas. Y más si es a la vez un profesor distinguido. Se supone, puesto que ejerce tan delicada y peligrosa función, que tiene a su haber un arsenal de estudios y de meditaciones sobre el proceso literario y sobre las condiciones que deben reflejar las obras escritas.

Sin embargo, la crítica y la creación se abren en dos ángulos bien diferentes. El crítico parte de una obra estructurada que le facilita el despegue; el creador sólo tiene su emoción, su ingenio y su cultura. El primero tiene el camino señalado por la obra que lo incita, el segundo parte a tientas, buscando dentro de la inmensa selva de las palabras aquellas que puedan expresar mejor sus intenciones. A veces, ambos se dan la mano. Como ocurre en Valery o Salinas, por ejemplo. El poeta y el profesor co-viven cordalmente.

Alfonso Calderón, crítico exigente y múltiple, incursiona una vez más en la creación poética con "Isla de los bienaventurados", libro de 190 páginas, editado por Nascimento. La cita inicial de Robert Frost, el poeta de la vida campesina, de la naturaleza y del hombre americano, que desdosa lo ampuloso, muy lejos de la retórica tradicional, nos da una pista sobre las preferencias de Calderón, pista que habíamos encontrado en su "Antología de la poesía chilena contemporánea". Están allí omitidos, queremos suponer que deliberadamente, todos aquellos poetas que de algún modo u otro han asociado la poesía con la musicalidad. "La interpenetración de los géneros literarios —nos dice en su presentación— mediante una destrucción de lo lírico como mera tradición inherida y obligatoria, es una actitud constante en la verdadera poesía nacional". La afirmación de lo coloquial, en oposición a un lenguaje a menudo vanilocuente, le parece un rasgo deficitario de la poesía de nuestro tiempo.

Compartimos su preocupación para depurar el lenguaje poético de las expresiones manidas, de la "idolatría de las palabras", de acercarlo más a la realidad despejándolo de la "sublimación" con que se ha querido presentar históricamente. Sabemos que los pequeños dioses han sido bajados de su pedestal y colocados en su verdadera dimensión.

El crítico tiene una función específica. Entre la poesía y la prosa hay, evidentemente, muchos lugares afines, muchas "fugas de un género a otro", como dos viviendas que permanecen juntas, pero cada una está amueblada y dividida para fines exclusivos. La destrucción de lo lírico, el achatamiento de la realidad —siempre tan discutible— nos da cierta resaca. Si hacemos descender la poesía al lenguaje popular, a la expresión cotidiana, sin elevarla a un plano dialéctico mediante la selección del lenguaje, la inserción de símbolos, metáforas e imágenes, nos parece que estamos contribuyendo a su liquidación.

Sabemos que el poeta, como dice en su poema "Poeta sólo", "nunca está seguro de lo cierto y que al verlo pasar/ todos mueven la cabeza", que "se extravía/ en plazas, oficinas/ y pasillos y promete volver/ mañana con las ideas claras". Pero ¿quién tiene las ideas claras, quién está convencido de lo que es la verdad o la mentira? Precisamente, porque dada siempre, porque vive un poco en el aire y otro poco entre nubes; más cerca del suelo que de la tierra, quizá, también, es más frágil y más humano.

El deseo de Calderón de desnudar, de desatralizar la poesía lo entendemos. Se ha abusado y se abusa tanto de la exaltación de los sentimientos, del dithrambo, de la expresión tumultuosa, que era necesario frenar la vida poética, readaptarla para una sociedad en crisis, carente de entusiasmo, escéptica y perdida, navegando... la sombra de los grandes panteones clásicos. Pero la vuelta a la realidad, cada vez más sórdida, más extraña, más discutible e inasequible aleja la poesía de su verdadero carril. ¿Quién buscará rebafos? en el cielo si nuestros ojos se detienen en el polvo del camino? ¿Quién levantará la esperanza si destruimos la luz porque nos ciega la vista?

Creemos que es preferible el camino de la exaltación —por peligroso que sea— al camino de la búsqueda de cascajos porque los encontramos a cada paso y nos hacen tropezar. La poesía no nació para ceñirse a la realidad, para andar por las calles como una paloma extraviada, para vivir en los suburbios del corazón. Nació para el canto, para el sonido y el sentido, para la unión entre la cordura y la pasión, para la voz quejumbrosa —delirante si se quiere— que

La poesía y la isla de los bienaventurados [artículo] Modesto Parera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Parera, Modesto, 1910-2003

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La poesía y la isla de los bienaventurados [artículo] Modesto Parera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile